

VIACRUCIS

21 DE MARZO DE 2020



PARROQUIA SANTA MARÍA DE LA PLAZA

- Fregenal de la Sierra -

PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es condenado a muerte

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

"¿Eres tú el Rey de los judíos?" (Jn. 18, 33).

"Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero mi Reino no es de aquí" (Jn. 18, 36).

Entonces Pilato le dijo: "¿Luego tú eres Rey?"

Respondió Jesús: "Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz".

Le dice Pilato: "¿Qué es la verdad?"

MEDITACIÓN

La sentencia de Pilato fue dictada bajo la presión de los sacerdotes y de la multitud. El pretor romano pensó que podría eludir el dictar sentencia lavándose las manos, como se había desentendido antes de las palabras de Cristo cuando éste identificó su reino con la verdad, con el testimonio de la verdad. En uno y otro caso Pilato buscaba conservar la independencia, mantenerse en el «margen». Pero era sólo en apariencias. La cruz a la que fue condenado Jesús de Nazaret, debía afectar al pretor Romano. Esta fue y es una Realeza, frente a la cual no se puede permanecer indiferente o mantenerse al margen. También nosotros nos encontramos ante este testimonio, y sabemos que no nos es lícito lavarnos las manos.

SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús Carga con la Cruz

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

“Yo, por mi parte, sólo quiero presumir de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gal. 6,14).

MEDITACIÓN

Empieza la ejecución, es decir, el cumplimiento de la sentencia. Cristo, condenado a muerte, debe cargar con la cruz como los otros condenados que van a sufrir la misma pena: «*Fue contado entre los pecadores*» (Is. 53,12). Cristo se acerca a la cruz con el cuerpo entero terriblemente magullado y desgarrado, con la sangre que le baña el rostro, cayéndole de la cabeza coronada de espinas. *Ecce homo!* (Jn. 19,5). En él se encierra toda la verdad del hijo del hombre predicha por los profetas, la verdad sobre el siervo de Yavé anunciada por Isaías: «*Fue traspasado por nuestras iniquidades... y en sus llagas hemos sido curados*» (Is. 53,5). Está también presente en él una cierta consecuencia, que nos deja asombrados, de lo que el hombre ha hecho con su Dios. Dice Pilato: «*Ecce Homo*» (Jn. 19,5): «*!Mirad lo que habéis hecho de este hombre!*». En esta afirmación parece oírse otra voz, como queriendo decir: «*!Mirad lo que habéis hecho en este hombre con vuestro Dios!*».

Jesús, «*el llamado Mesías*» (Mt. 27, 17), carga la cruz sobre sus espaldas (Jn. 19,17). Ha empezado la ejecución.

TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

“El llevó en su propio cuerpo nuestros pecados sobre la cruz para que, muertos para el pecado, vivamos para la justicia; por sus heridas hemos sido curados” (1Pe. 2,24).

MEDITACIÓN

Jesús cae bajo la cruz. Cae al suelo. No recurre a sus fuerzas sobrehumanas, no recurre al poder de los ángeles. No lo pide. Habiendo aceptado el cáliz de manos del Padre (Mc. 14,36, etc.), quiere beberlo hasta el final. Esto es lo que quiere. Y por esto no piensa en ninguna fuerza sobrehumana, aunque al instante podría disponer de ellas. Pueden sentirse dolorosamente sorprendidos los que le habían visto cuando dominaba a las humanas dolencias, a las mutilaciones, a las enfermedades, a la muerte misma. ¿Y ahora?

«A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse» (Mc. 15, 31; Mt. 27,42), gritará la gente. Y él acepta estas frases de provocación, que parecen anular todo el sentido de su misión, de los sermones pronunciados, de los milagros realizados. Acepta todas estas palabras, decide no oponerse. Es fiel hasta el final, hasta los mínimos detalles: «No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (cf. Mc 14,36 etc.).

CUARTA ESTACIÓN

Jesús encuentra a su Madre

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

"No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin" (Lc. 1,30-33).

MEDITACIÓN

La Madre María se encuentra con su hijo en el camino de la cruz. La cruz de Él es su cruz, la humillación de él es la suya, suyo el oprobio público de Jesús. Es el orden humano de las cosas. Así deben sentirlo los que la rodean y lo capta su corazón: «...y una espada atravesará tu alma» (Lc. 2,35). Palabras pronunciadas cuando Jesús tenía cuarenta días se cumplen en este momento. Alcanza ahora su plenitud total. Y María avanza, traspasada por esta invisible espada, hacia el calvario de su hijo, hacia su propio calvario. La devoción cristiana la ve con esta espada clavada en su corazón, y así la representa en pinturas y esculturas. ¡Madre Dolorosa! «!Oh tú que has padecido junto con El!», repiten los fieles, íntimamente convencidos de que así justamente debe expresarse el misterio de este sufrimiento. Aunque este dolor le pertenezca y le afecte en lo más profundo en su maternidad, sin embargo, la verdad plena de este sufrimiento se expresa con la palabra «com-pasión». También ella pertenece al mismo misterio: expresa en cierto modo la unidad con el sufrimiento del Hijo.

QUINTA ESTACIÓN

Jesús es ayudado por el Cireneo

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

Obligaron a Simón (cf Mt. 15, 21). *“Ayudaos unos a otros a llevar las cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo”* (Gal. 6,2).

MEDITACIÓN

Simón de Cirene, llamado a cargar con la cruz (cf. Mc. 15,21; Lc. 23, 26), no la quería llevar ciertamente. Hubo que obligarle. Caminaba junto a Cristo bajo el mismo peso. Le prestaba sus hombros cuando los del condenado parecían no poder aguantar más. Estaba cerca de él: más cerca que María o que Juan, a quien, a pesar de ser varón, no se le pide que le ayude. Le han llamado a él, a Simón de Cirene padre de Alejandro y de Rufo, como refiere el evangelio de Marcos (Mc. 15,21), le han llamado, le han obligado.

¿Cuánto duró esta coacción? ¿cuánto tiempo caminó a su lado, dando muestras de que no tenía nada que ver con el condenado, con su culpa, con su condena? ¿cuánto tiempo anduvo así, dividido interiormente, con una barrera de indiferencia entre él y es hombre que sufría? «*estaba desnudo, tuve sed, estaba preso*» (cf. Mt. 25,35.36), llevaba la cruz...¿la llevaste conmigo?... ¿la has llevado conmigo verdaderamente hasta el final? No se sabe. San Marcos refiere solamente el nombre de los hijos del Cireneo y la tradición sostiene que pertenecían a la comunidad de cristianos allegada a san Pedro (cf. Rom. 16,13).

SEXTA ESTACIÓN

La Verónica enjuga el rostro a Jesús

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

“Sin gracia ni belleza para atraer la mirada, sin aspecto digno de complacencia. Despreciado, desecho de la humanidad, era despreciado y desestimado” (Is. 53,2-3).

MEDITACIÓN

La tradición nos habla de la Verónica. Quizá ella completa la historia del Cireneo. Porque lo cierto es que -aunque, como mujer, no carga físicamente la cruz y no se la obliga a ello- llevó sin duda esta cruz con Jesús: la llevó como podía, como en aquel momento era posible hacerlo y como le dictaba su corazón: limpiándole el rostro.

Este detalle, referido por la tradición, parece fácil de explicar: en el lienzo con el que secó su rostro han quedado impresos los rasgos de Cristo. Puesto que estaba todo él cubierto de sudor y sangre, muy bien podía dejar señales y perfiles.

Pero el sentido de este hecho puede ser interpretado también de otro modo, si se considera a la luz del sermón escatológico de Cristo. Son muchos los que indudablemente preguntaran: *«Señor cuando hemos hecho todo esto?»* Y Jesús responderá: *cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis»* (Mt. 25,40). El salvador, en afecto, imprime su imagen sobre todo acto de caridad, como sobre el lienzo de la Verónica.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Cae el Señor por segunda vez

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

“La locura de Dios es más sabia que los hombres; y la debilidad de Dios, más fuerte que los hombres” (1Cor. 1,23-25).

MEDITACIÓN

«Yo soy un gusano, no un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo» (Sal. 22 [21],7): las palabras del salmista-profeta encuentra su plena realización en estas estrechas, arduas callejuelas de Jerusalén, durante las últimas horas que preceden a la pascua. Ya se sabe que estas horas, antes de la fiesta, son extenuantes y las calles están llenas de gente, para los cuales este Jesús de Nazaret que cae por segunda vez bajo la cruz se ha hecho objeto de escarnio.

Y Él lo quiere, quiere que se cumpla la profecía. Cae, pues, exhausto por el esfuerzo. Cae por voluntad del Padre, voluntad expresada asimismo en las palabras del profeta. Cae por propia voluntad, porque «¿cómo se cumplirían, si no, las escrituras?» (Mt. 26,54): «Soy un gusano y no un hombre» (Sal. 22 [21], 7); por tanto ni siquiera «Ecce Homo» (Jn 19,5); menos aún, peor todavía. El gusano se arrastra pegado a tierra; el hombre en cambio, como rey de las criaturas, camina sobre ella. El gusano carcome la madera: como el gusano, el remordimiento del pecado roe la conciencia del hombre. Remordimiento por esta segunda caída.

OCTAVA ESTACIÓN

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén.

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

“Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos...Porque si esto hacen al leño verde, ¿qué no harán al seco?” (Lc. 23,28.31).

MEDITACIÓN

Es la llamada al arrepentimiento, al verdadero arrepentimiento, a pesar, del mal cometido. Jesús dice a las hijas de Jerusalén que lloran su vista: «No lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos» (Lc. 23,28). No podemos quedarnos en la superficie del mal hay que llegar a su raíz, a las causas, a la más honda verdad de la conciencia.

Esto es justamente lo que lo que quiere darnos a entender Jesús cargado con la cruz, que desde siempre «conocía lo que en el hombre había» (Jn. 2,25) y siempre lo conoce. Por esto Él debe ser en todo momento el más cercano testigo de nuestros actos y de los juicios que sobre ellos hacemos en nuestra conciencia. Quizá nos haga incluso que estos juicios deben ser en todo momento ponderados, razonables, objetivos -dice: «No lloréis»-; pero al mismo tiempo, ligados a todo cuanto esta verdad contiene: no los advierte porque Él es el que lleva la cruz.

Señor, ¡dame saber vivir y andar en la verdad!

NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae en tierra por tercera vez

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

Cristo se desploma de nuevo a tierra bajo el peso de la cruz. La muchedumbre que observa, está curiosa por saber si aún tendrá fuerza para levantarse.

MEDITACIÓN

«*Se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*» (Fil. 1,8). Cada estación de esta *Vía* es una piedra miliar de esa obediencia y de ese anonadamiento. Captamos el grado de este cuando leemos las palabras del profeta: «*Todos nosotros andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yahvé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros*» (Is. 53,6).

Comprendemos el grado de este anonadamiento cuando vemos que Jesús cae una vez más, la tercera, bajo la cruz. Cuando pensamos en quién es el que cae, quién yace entre el polvo del camino bajo la cruz, a los pies de gente hostil que no le ahorra humillaciones y ultrajes...

¿Quién es el que cae? ¿Quién es Jesucristo? «*Quién, existiendo en forma de Dios, no reputó como botín codiciable ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*» (Fil. 2,6-8).

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras le dan a beber hiel y vinagre.

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

“Al llegar al Gólgota, dieron de beber a Jesús vino mezclado con hiel; él lo probó y no lo quiso beber. Los que lo crucificaron se repartieron sus vestidos a suerte” (Mt. 27,33-35).

MEDITACIÓN

Cuando Jesús despojado de sus vestidos, se encuentra ya en el Gólgota, nuestros pensamientos se dirigen hacia su Madre: vuelven hacia atrás, al origen de este cuerpo que ya ahora, antes de la crucifixión, es todo él una llaga. El cuerpo del hombre expresa su alma. *«Entonces dije: '¡Heme aquí que vengo!'...para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad»* (Sal. 40[39],9; Heb. 10,7). *«Yo hago siempre lo que es de su agrado»* (Jn. 8,29). Este cuerpo desnudo cumple la voluntad del Hijo y del Padre en cada llaga, en cada estremecimiento de dolor, en cada músculo desgarrado, en cada reguero de sangre que corre, en todo el cansancio de sus brazos, en los cardenales de cuello y espaldas en el terrible dolor de las sienes. Este cuerpo cumple la voluntad del Padre cuando es despojado de sus vestidos y tratado como objeto de suplicio, cuando encierra en sí el inmerso dolor de la humanidad profanada.

En esta estación debemos pensar en la Madre de Cristo, porque bajo su corazón, en sus ojos, entre sus manos el cuerpo del Hijo de Dios ha recibido una adoración plena.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es clavado en la cruz

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

"Han taladrado mis manos y mis pies, puedo contar todos mis huesos" (Sal 21[22], 17-18).

MEDITACIÓN

«Han taladrado mis manos y mis pies y puedo contar todos mis huesos» (Sal. 22 [21], 17-18). *«Puedo contar...»*: ¡qué palabras proféticas! sabemos que este cuerpo es un rescate. Un gran rescate es todo este cuerpo: las manos, los pies y cada hueso. Todo el hombre en máxima tensión: esqueleto, músculos, sistema nervioso, cada órgano, cada célula todo en máxima tensión. *«Yo, cuando sea levantado sobre la tierra atraeré todos a mí»* (Jn. 12,32). Palabras que expresan la plena realidad de la crucifixión.

El mundo está sometido a la gravitación del cuerpo, que tiende por inercia hacia lo bajo. Precisamente en esta gravitación estriba la pasión del crucificado. *«Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba»* (Jn. 8, 23). Sus palabras desde la cruz son; *«Padre perdónalos porque no saben lo que hacen»* (Lc. 23,34).

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

"Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc. 23,34).

MEDITACIÓN

Jesús clavado en la cruz, inmovilizado en esta terrible posición, invoca al Padre. Todas las invocaciones atestiguan que Él es uno con el Padre. «*Yo y el Padre somos una misma cosa*» (Jn. 14,9). He aquí el más alto, el más sublime obrar del Hijo en unión con el Padre. Sí: en unión, en la más profunda unión, justamente cuando grita: *Eloí, Eloí, lama sabactani?*: «*Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado?*» (Mc. 15,34; Mt. 27,46). Este obrar se expresa con la verticalidad del cuerpo que pende del madero perpendicular de la cruz, con la horizontalidad de los brazos extendidos a lo largo del madero transversal. El hombre que mira estos brazos puede pensar que con el esfuerzo abrazan al hombre y al mundo. Abrazan.

He aquí el hombre. He aquí a Dios mismo. «*En Él... vivimos y nos movemos y existimos*» (Act. 17,28). En Él: en estos brazos extendidos a lo largo del madero transversal de la cruz: El misterio de la redención.

DÉCIMO TERCERA ESTACIÓN

Jesús es bajado de la cruz

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

“Quiso el Padre que habitase en Cristo toda la plenitud y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, tanto las de la tierra como las del cielo, pacificándolas por la sangre de su cruz” (Col. 1,19-20).

MEDITACIÓN

En el momento en que el cuerpo de Jesús es bajado de la cruz y puesto en brazos de la Madre, vuelve a nuestra mente el momento en que María acogió el saludo del ángel Gabriel: *«concebirás en tu seno y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús... Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre... y su Reino no tendrá fin»* (Lc. 1,31-33). María sólo dijo: *«hágase en mi según tu palabra»* (Lc. 1,38), como si desde el principio hubiera querido expresar cuanto estaba viviendo en este momento. En el misterio de la redención se entrelazan la gracia, esto es, el don de Dios mismo, y el «pago» del corazón humano. En este misterio somos enriquecidos por un don de lo alto y al mismo tiempo somos comprados con el rescate del hijo de Dios. Y María, que fue más enriquecida que nadie con estos dones, es también la que paga más. Con su corazón. A este misterio está unida la maravillosa promesa realizada por Simeón cuando la presentación de Jesús en el templo: *«Una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones»*. También esto se cumple. ¡Cuántos corazones humanos se abren ante el corazón de esta Madre que tanto ha pagado! Y Jesús está de nuevo todo él en sus brazos, como lo estaba en el portal de Belén o en Nazaret. La piedad.

DÉCIMO CUARTA ESTACIÓN

Jesús es puesto en el sepulcro

V/. Te adoramos, Cristo y te bendecimos;

R/. Que por tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén.

"Fue crucificado, muerto y sepultado..." "Jesús les dijo: Destruid este templo y en tres días lo levantaré. Pero él hablaba del templo de su cuerpo" (Jn. 2,19-22).

MEDITACIÓN

Desde el momento en que el hombre, a causa de pecado, se alejó del árbol de la vida, la tierra se convirtió en un cementerio. Tantos sepulcros como hombres. Un gran planeta de tumbas.

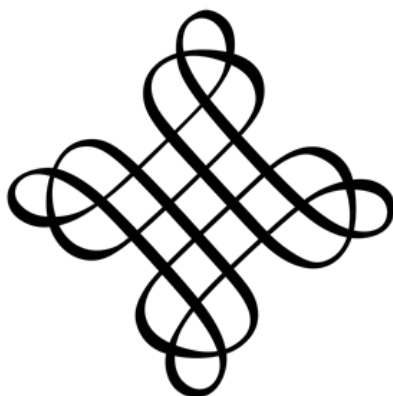
En las cercanías del calvario había una tumba que pertenecía a José de Arimatea. En este sepulcro, con el consentimiento de José, depositaron el cuerpo de Jesús una vez bajado de la cruz. Lo depositaron apresuradamente, para que la ceremonia acabara antes de la fiesta de Pascua que empezaba en el crepúsculo.

Entre todas las tumbas esparcidas por los continentes de nuestro planeta, hay una en la que el Hijo de Dios, el hombre Jesucristo, ha vencido a la muerte con la muerte. El árbol de la vida, del que el hombre fue alejado por su pecado, se ha revelado nuevamente a los hombres en el cuerpo de Cristo. «*Si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo*» (Jn. 6,51). Todos los hombres que contemplan el sepulcro de Jesucristo viven la esperanza de Resurrección.

Oremos:

**Señor Jesucristo,
colma nuestros corazones con la luz de tu Espíritu Santo,
para que, siguiéndote en tu último camino,
sepamos cuál es el precio de nuestra redención
y seamos dignos de participar
en los frutos de tu pasión, muerte y resurrección.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.**

R/. Amén.



Este Viacrucis fue escrito por San Juan Pablo II, cuando era Cardenal Arzobispo de Cracovia, con ocasión de los ejercicios espirituales que predicó a pablo VI y a la Curia Romana en el Vaticano el año 1976.

Adaptado y maquetado por:

Andrés Román García

Párroco de Fregenal de la Sierra (Badajoz)

Dibujo de la portada:

Fano